

Invierno de la España interior

Ha pasado tanto tiempo

que casi había olvidado el olor del frío,

(es, como cualquier olor, difícil de explicar)

Recurramos mejor a imágenes.

Pensemos, por ejemplo,

en la chimenea de leña,

en la niebla mañanera y en sus miles de gotas,

gotas diminutas por las paredes, por los muros,

por las ventanas y los troncos retorcidos de las encinas,

todas como a punto de estallar.

¿Veis a la mujer de luto por la plaza,

y el humo que nos sale de la boca al hablar

y la silla vacía y el corral sin perros?

Si lo veis, sentiréis como yo sentí aquella mañana

y recordaréis el olor del frío.

Porque ha pasado tanto tiempo que hemos olvidado el invierno

y el camino de arena, la noche de enero,

y la llanura imposible.

Tu abuelo y el mío, que dormían al raso,

conocían todo eso:

el nombre de las estrellas, del camino,

del frío y de la niebla.

Tú y yo hemos perdido todas esas palabras

y, con ellas,

las estrellas, el camino, el frío y la niebla.

Ahora ya solo nos queda

la llanura que no volveremos a cruzar,

y Extremadura,

silenciosa y fría.